

PRÓLOGO

(nota del autor)

“Toda causa tiene su efecto; todo efecto tiene su causa; todo sucede de acuerdo a la ley; la suerte o azar no es más que el nombre que se le da a la ley no reconocida; hay muchos planos de causalidad, pero nada escapa a la Ley”. (Principio hermético de Causa y Efecto, Kybalión).

Nada escapa a la Ley, nada sucede al azar... Pero invariablemente, como siempre que me ocurre una desgracia, malgasté unos segundos de mi tiempo tratando de comprender los caprichos del destino, empeñado en descubrir las relaciones causa-efecto de esa realidad caótica y compleja – obvia decir que adversa- que acostumbra a no separarse de mí; y así, atusándome el cabello “afro” de tantos interrogantes, abrumado por tamaña incompreensión, terminé abrazándome al azar, y como que las consecuencias volvían a ser negativas, a la mala fortuna... Sí, sin duda, ése fue mi veredicto aquel día...

El “paquete” se estrelló sobre la mesa de mi despacho provocando un ligero movimiento sísmico y el conato cinético de mis afligidas articulaciones. El propio escritorio se encargó de frustrar mi “despegue”. El impacto sónico me arrancó definitivamente del beatífico trance hipnopómpico, típico de las primeras horas del amanecer; horas que claramente invitan al ejercicio “horizontal” de actividades infinitamente más reparadoras. Miré sobrecogido a mi alrededor, soltando un apóstrofe irreproducible, hasta dar finalmente con el autor del inesperado seísmo. De no haber estado al tanto de su currículum, habría atribuido en aquel gesto cavernícola un destello de malvada inteligencia. Pero borré de inmediato ese pensamiento estúpido de mi cabeza: se trataba del “archivero”; por debajo de él, sólo estaban las escobas. “Hay otra caja en el sótano que le está esperando...”, dijo con una sonrisa zumbona; como si estuviera al corriente de mis más insanas parafilias y no dudara en compartirlo conmigo; imaginé que dedujo de mis reiteradas visitas al sótano alguna forma de

pasión travestista al amparo de las sombras y frente a un auditorio atestado de objetos inanimados; y tal vez, lo que más me molestó fuera el reconocimiento de que últimamente en mi interior también hubiera mucho de “inanimado”. En cambio, agradecí absurdamente, que no hiciese el menor comentario acerca de mi mención refleja a sus fallecidos; lo atribuí a su legendaria falta de reflejos.

Cuando comprendí al fin lo que se me avecinaba, apreté lo dientes, incapaz de reprimir el impulso de echarme a llorar de impotencia. Lo de esa mañana era una nueva evidencia empírica que confirmaba “la maldición del novato”. Tal vez no había sido suficiente con acceder por los “pelos” a una de las últimas plazas vacantes de psicólogo residente, y tener que desplazarme a un hospital situado en los confines del mundo de las telecomunicaciones, que, debido a mis “inoportunas” aptitudes en el campo de las Tecnologías de la Información, había sido reclutado a la causa de mecanizar y almacenar los documentos históricos del archivo del psiquiátrico -históricos en amplio sentido-. El hospital se estaba modernizando, y dado el carácter clasificado de la información, no parecía conveniente que el trabajo se subcontratara a una empresa ETT. No es algo que yo ahora ponga en duda, a tenor de lo que sucedió más tarde, pero creo que el verdadero motivo radicaba en el coste que suponía desembolsar una nómina extra, y si se tenía en consideración el grado de “utilización” del colectivo interino, he de reconocer que, a priori, aquella no era una decisión del todo injustificada; gran parte del tiempo del *staff* sanitario no se invertía precisamente en labores de evaluación y diagnóstico clínico, no digo ya a la necesaria actualización de conocimientos procedentes de las recientes aportaciones al ámbito de la Psicología y la Psiquiatría.

De cualquier modo, y en lo que respecta a mi “prometedora” incursión en el fascinante universo de los servicios de salud mental, observaba impotente como mi brillante labor estaba desplazando el interés de mis tutores por mi adiestramiento, en favor de las tareas de informatización, socavando progresivamente mi vocación de psicólogo. Pero como he dicho al principio, creo que las cosas no ocurren sin una razón, y de no haber sido por todas esas antipáticas “coincidencias”, tal vez esta historia jamás habría visto la luz.

El legado de aquella paciente, era sin duda el más abultado que cualquiera que yo hubiese procesado hasta el momento: dos cajas repletas de expedientes médicos, informes policiales, y un voluminoso y ajado manuscrito. Como la productividad se medía por el número de informes “escaneados” y codificados al mes -en lugar de por páginas que es lo que habría establecido cualquier analista en Sistemas de Incentivos de una empresa consultora, y hasta yo mismo sin ser un especialista-, quedaba perfectamente explicado el por qué me tocó a mí tan alevosa tarea -en esta ocasión, hasta yo hube de admitir la inocencia del azar-. Con suerte si en una semana, conseguía digitalizar y codificar adecuadamente aquel ingente alud de papeles... Finalmente, invertí más de una semana, aunque en justicia, la causa habría que atribuirla más al contenido de la información, que al continente.

Lo cierto es que, dejando a un lado mi inicial desánimo ante lo que consideré otro inmerecido “marrón”, no dejó de fascinarme aquella colosal muestra de incontinenencia documental, relativa toda ella a una única paciente. Francamente sorprendente. Ahora, visto retrospectivamente, me atrevo a asegurarles que la marea bibliográfica que en un principio removi6 mi delicado ánimo haciendo temblar mis extremidades, se me antoja claramente insuficiente... No tardé en verme enrolado en el inquietante navío del más puro surrealismo; surcando entre las páginas de un diario impregnado con la esencia misma de la locura -y no lo digo únicamente en el sentido poético; las páginas tenían un tacto húmedo y pegajoso, y desprendían un olor tan elocuente, que resultaba muy difícil no establecer hipótesis-. Un navío que con asombrosa maestría timoneaba con su pluma aquella singular mujer. Confieso que la travesía, además de erosionar mis pretenciosos conocimientos en el mundo de la psicopatología, supuso un descarnado rito iniciático que no anduvo exento de riesgos; pero me veré obligado a ahorrarles mi experiencia personal durante aquellos días tan trascendentales de mi vida y otros que se sucedieron y aún perduran; y no crean que se trata de un afán por no restar protagonismo a la historia que aquí se relata -mi vanidad supera con largueza mi decoro-; las causas

son bien distintas, alguna de índole legal, si he de ser sincero. Sin embargo, no les ocultaré que la inmediata secuela fue la de devolverme a mi perpetuo estatus de desempleado, después de verme sometido a una demanda por apropiación y uso indebido de material clasificado. Algo de eso último hay, sería estúpido negarlo; sin embargo es un tributo que pagaría de nuevo sin con ello contribuyo a clarificar el presente testimonio.

He aquí la transcripción de los hechos tal y como se sucedieron, con algún “artificio” literario fruto de mi propia cosecha que, con toda honestidad, no habría sido necesario, pero que en mi opinión, no desvirtúa la naturaleza de la historia.

DIARIO DE A.C.C.

Quizás no todos los hechos que se relatan a continuación sean ciertos, pero puedo asegurar que no me ha movido un turbio anhelo. No es ésa mi voluntad; yo, que llevo caminando por la delgada y resbaladiza línea que separa la locura de la razón la mayor parte de mi vida, y que todavía hoy, me he visto incapaz de abandonar. La única realidad es la que mora en la mente de cada cual, y confieso que en ocasiones, mi cabeza es como una habitación que oscila entre la penumbra y la claridad que le proporciona un viejo neón en trance de expirar sus últimas luces. Esa realidad, fragmentada y tal vez distorsionada, reconstruida a base de retazos de mi propia experiencia personal –quién sabe si consciente o inconsciente- y del testimonio de personas que tuvieron que pagar un alto precio, es la única prueba que puedo aportar en recuerdo de sus memorias. A ellos les dedico mi historia.

A.C.C.

EL DIARIO: PRIMERA SESIÓN

He dado vueltas en torno a ello, y si he de ser fiel a los hechos, todo comenzó un día soleado y tibio de primavera, en la consulta del que se convertiría en mi nuevo y postrer psicólogo.

-Bien Anna, ¿puede contarme algo acerca de usted?

El hombre trataba de ser amable. Un esfuerzo estéril. Mi sensación inmediata fue de desconcierto; tenía que ver con su aspecto físico... contradictoriamente singular. Rondaría los cincuenta – supongo que me dejé llevar por el color estéticamente blanco de sus canas-, y sin embargo, exhibía un cutis terso y tan bronceado que suponía casi una afrenta, brindándole el aspecto de un apuesto *gigoló*, a la par que le negaba ese halo respetuoso y venerable que una atribuye automáticamente a los decanos de la profesión. No sé... no resultaba creíble. Eso sin mencionar su terrible atractivo: ¿de qué novela de sobremesa habían reclutado a aquél apuesto galán? Comprendí que me resultaría difícil ser franca, elemento indispensable para obtener cualquier tipo de ganancia terapéutica. Y cómo no, presagí un incómodo encuentro.

-Tengo veintitrés años y vivo con un compañero en un piso alquilado en el centro de Manacor –dije, como si eso lo explicara todo.

-¿Puede ser un poco más explícita?... –me invitó a seguir hablando, haciendo el desafortunado movimiento de un cámara de cine de los años veinte, con el lápiz.

Resultó bastante evidente que mi breve intervención no había sido suficiente.

-Estamos juntos desde hace un par de años... –proseguí, torciendo el gesto; aburrida de la misma historia-. Lo que comenzó siendo un arrebatador y apasionado romance multicolor, se ha convertido en una civilizada y pragmática convivencia en blanco y negro. Al menos para mí. La relación en estos momentos atraviesa por un período de equilibrio inestable.

-Defíneme “equilibrio inestable” –solicitó el terapeuta.

Le odié instintivamente: se había puesto en marcha la maquinaria psicoanalítica...

-Mantenemos un pacto de no agresión; cada uno es libre de hacer lo que le plazca siempre y cuando no viole los principios fundamentales de nuestra cohabitación.

-¿Habla en sentido literal? –preguntó sorprendido.

-¡No!, por supuesto –respondí rápidamente. ¿Acaso ese estúpido gladiador-del-diván no entendía el sentido figurado de una frase?-. Me refiero a cosas como traer a otra persona a casa...no colaborar en la economía o en las tareas domésticas... -aclaré-. Esa clase de comportamientos están absolutamente prohibidos.

-Entiendo...

Anotó algo en su libreta. Supuse que recordó que debía hacer una llamada al dentista.

-Yo sé que él me adora –proseguí; tratando de ignorar mis absurdas conjeturas-, y que está dispuesto a darme todo por mantenerme a su lado, pero algo en mi cabeza no está bien.

-¿Qué es lo que cree que no está bien?

-Sufro de un trastorno límite de personalidad. ¿Cree que eso justifica mi impresión? – pregunté a su vez, con una pequeña pero inevitable dosis de sarcasmo.

El doctor hizo un gesto de asentimiento. Me pareció que se había quedado satisfecho con la aclaración.

-¿Desde cuándo está en manos de terapeutas? –arremetió incansable. Supuse que las preguntas las escogió del “Trivial” para psicólogos.

Le miré con atención, tratando de descubrir si esperaba realmente una respuesta, o sencillamente se trataba de cubrir el expediente. Pero el “bello sanador” me devolvió la mirada como si yo fuese una gráfica inescrutable colgada en la pared. Tuve que abandonar mis recelos y seguir dando pábulo al inquisidor.

Apenas si pude recordar la primera vez que fui a la consulta de un psicólogo. En todo caso fue en contra de mi voluntad, y acompañada de mi madre, eternamente preocupada por esa acusada labilidad emocional “tan inapropiada como extenuante”, y que ella, haciendo gala de una exquisita miopía, interpretaba como el carácter histriónico derivado del hecho de que yo fuese hija única. No debiera culparla por ello, pero siempre he necesitado un culpable, y mi madre ocupa un posición demasiado tentadora para buscar en otra parte. Fue aquél psicólogo quién la exoneró de toda tacha y a mi me colgó el cartel de “cuidado con el perro”. Dibujó un retrato de mi “enfermedad” enclavado en un conflicto sexual que según un modelo hidráulico se había desbordando en mi consciencia... ahora que lo pienso, aquella explicación debió ser la causante de todo. Más tarde otro psicólogo, descubrió la “verdadera” génesis del trastorno –aquí mi madre fue la que recibió más leña-: el defecto era consecuencia de un patrón desadaptativo comunicacional, basado en una incorrecta “emoción expresada” y tal y como explicaba la “teoría del doble vínculo”: “la niña estaba incardinada en el seno de una relación intensa, incapaz de escapar, sujeta a mensajes contradictorios entre la comunicación verbal y la no verbal”. La explicación no satisfizo a nadie –a mi madre menos que a mí, aunque yo tampoco entendiera ni una palabra de lo que dijo-; así que el siguiente psicólogo –dudé de que todos ellos hubiesen estudiado la misma carrera-, ofreció una alentadora perspectiva –en este caso no había culpables-; sencillamente se trataba de una alteración en la expresión de la afectividad –inestabilidad o labilidad emocional- con un marcado componente de impulsividad. Eso hacía que mis emociones fluctuaran como en una montaña rusa, pasando de la ira a la ansiedad, y de la ansiedad a la depresión en una sucesión interminable, sin ningún motivo aparente. También explicaba aquella tendencia mía por tomar partido en todo tipo de actividades que comportasen algún riesgo; motivo por el que, supongo, ese día estaba allí.

Aquella mañana, el psicólogo continuó explorando mi inconsciente como viera hacer a tantos otros antes que a él; desplegando su interminable batería de preguntas: “¿cómo lo interpreta usted?... ¿y usted qué cree?... ¿está de acuerdo con ese diagnóstico?... Con los años que llevaba recorriendo las consultas de psicólogos y psiquiatras hasta yo hubiese podido ejercer la profesión.

Finalmente me propuso participar en una nueva forma de terapia: la Terapia de Grupo. Según dijo, muy adecuada para el tratamiento de trastornos de personalidad y, en general, para cualquier otro trastorno que dificulte la relación con los demás. “En el grupo, usted aprenderá que quizás no es ni tan diferente ni está tan sola como piensa”, me dijo. A mi me recordó aquella frase de que “cada individuo es diferente; absolutamente como todos los demás”.

Abandoné la consulta con una inexplicable sensación de inseguridad, como de haberme pasado hora y media hablando con el tipo equivocado; desde luego, la imagen de *playboy* en bata blanca no contribuyó a desterrar mis suspicacias, sumado a todo lo demás... Ese hombre lograba sintetizar en su persona un combinación imposible de características contrapuestas: cabello cano, cara de adolescente; expresión adusta, mirada tímida y reservada, casi esquiva; incluso en ciertos momentos, el modo en que se expresó me recordó al de un infante, utilizando frases entrecortadas, plagadas de pausas e interrupciones; como si necesitase decir primero una palabra antes de construir la idea... Tampoco tuve muy claro qué es lo que esperaba de mí; me hubiese gustado oír alguna sugerencia, alguna pauta, alguna explicación; aunque sólo fuese por el placer de contradecirle. Pero igual me observaba fascinado que fijaba su mirada en algún punto de la sala a mis espaldas, haciéndome sentir transparente. No conseguí entender muy bien cómo un hombre como aquél podía ejercer la práctica de la Psicología.

Cuando de nuevo salí al exterior, aquella preciosa mañana de primavera se había convertido en una plúmbea tarde de otoño.

Después de esa primera cita no volví a saber nada de él, hasta el día en que dio inicio la terapia. Fue Bernat quién me informó acerca de la fecha y la hora. Yo jamás habría accedido a participar en un experimento como aquél –me inoculó la “primera cita”-, pero el psiquiatra se mostró inflexible: “Necesitas ayuda impostergable”. Lo expresó con aquella determinación del que está tratando de deshacerse -colgado del aparato- de otro amoroso e incombustible empleado de un “rección” operador de telefonía. Y yo lo “pillé” enseguida.

Armándome de valor, me obligué a adherirme a esa nueva y revolucionaria “cura de adelgazamiento”. Tomé un taxi y me dirigí al lugar de encuentro; una preciosa residencia de estilo mallorquín alejada del centro de Palma, rodeada de vegetación. Reconozco –y no soy dada a tales excesos- que el lugar era ideal para pacientes con o sin trastornos como el mío; un auténtico bálsamo para los sentidos.

Cuando atravesé los muros de la residencia, observé que algunas personas deambulaban por los jardines, con aire distraído y graciosamente solemne. Me pareció evidente que se evitaban activa aunque educadamente. Era muy temprano: las ocho de la mañana, de modo que aventuré que todos íbamos al mismo sitio y, asumiendo estar en lo cierto, juzgué pueril y ridículo invertir esos agotadores esfuerzos tratando de ignorar la presencia del resto de correligionarios. Comprendí que esa clase de comportamiento no era más que otra manifestación psicológica de la negación de nuestra verdadera situación y que explicaba holgadamente, el auténtico motivo por el que estábamos allí. A pesar de vivir en pleno siglo XXI, y de que las patologías mentales son ampliamente aceptadas dentro de la sociedad, todavía existe un terco rechazo a declarar la enfermedad públicamente y en privado.

A las ocho y cuarto se presentó Víctor, el psicólogo. Saludó con timidez, con aquella mirada huidiza que yo tanto detestaba, y esa actitud titubeante que no encaja en absoluto con el prototipo de psicólogo que una tiene en la cabeza, y que por cierto, tan a menudo necesitas. Nos invitó a acompañarle al lugar de la reunión. Obedientes, formamos una fila tras él, al más pulcro estilo colegial. Hubiese apostado a que el orden de la cola atendía al criterio de llegada de cada uno de los partici-

pantes. Yo era la última, por supuesto, y me sentí embarazosamente ridícula; ahora sólo faltaba que el “profe” ordenase numerarnos.

Nos condujo hasta una capilla en miniatura de estilo renacentista rodeada de graciosos capiteles, situada en medio de un claro entre los árboles. Advertí que la edificación ocupaba el centro geométrico, y tal vez geodésico, de la residencia; en la que confluían varios caminos de piedra perfectamente delineados sobre la impoluta alfombra de césped. Al entrar en su interior, se confirmó mi primera sospecha: aquel lugar era una preciosa ermita y con toda probabilidad, el consultorio en el que purgaríamos a partir de ahora nuestros pecados y expulsaríamos nuestros miedos. Imaginé que la pequeña iglesia era además, el espacio en el que se oficiaban las piadosas misas, las mañanas de domingo, destinadas a salvaguardar las almas del personal residente.

El oratorio no era excesivamente grande. Tenía dispuestas doce sillas dibujando un semicírculo frente a él, que muy ingeniosamente, hacía las veces de práctico despacho de psicólogo en los días laborables. Junto a éste, se emplazaba una silla de regias proporciones que Víctor ocupó sin preámbulos, invitándonos a que le imitásemos.

Recuerdo que estaba muy nerviosa -me aterran las situaciones sociales y de exposición en público-, pero deduje que no era la única que se encontraba en esa misma tesitura, aunque esa idea tampoco sirvió para tranquilizarme. El ambiente entre los asistentes era frío y distante. Empecé a dudar seriamente de si participar en aquel ensayo habría sido una buena decisión. Me sentía más a gusto con las sesiones individuales que mantenía regularmente con mi psiquiatra. Desconfié de que aquella nueva experiencia invitara a la participación y, en lo que a mí respecta, que contribuyese positivamente a mi proceso de rehabilitación.

Víctor comenzó a hablar.

-Buenos días a todos –dijo con el entusiasmo de un enterrador.

No podría asegurarlo, pero de inmediato me invadió la extraña sensación de que sólo se dirigía a mí, como si se tratara de un orador inexperto y angustiado que busca un punto de apoyo ante su primera alocución en público. Nosotros le miramos con cierta expectación, y respondimos al saludo con un breve: “Buenos días”, esperando no tener que decir ni una palabra más a lo largo de la sesión.

-Estoy...estoy seguro de que os preguntaréis qué hacéis aquí. A más de uno se le pasará por la cabeza que ésta será su primera y última visita. ¿Me equivoco?

Yo le hubiera contestado que ahora que ya estaba claro, lo mejor era dejar de perder el tiempo y volver cada uno a sus asuntos cuanto antes. Nadie hizo ningún comentario, así que mantuve la boca cerrada.

-Bien, diría que no estoy muy alejado de esos pensamientos. Pero estoy seguro de que pronto comprenderéis lo equivocados que estabais.

Comencé a observar un ligero cambio en el tono de voz de Víctor: más firme y sosegado. Era evidente que empezaba a ganar confianza.

-En tan sólo unas pocas sesiones comprobaréis de qué manera la participación en grupo os ayudará a descubrir formas nuevas de relacionaros y de afrontar la vida y los problemas cotidianos, gracias a la ayuda de los demás. Y no sólo eso, también mejorará vuestro sentimiento de autoeficacia y autoestima. Formaréis parte de un grupo, os identificaréis con él, y eso disminuirá la sensación de aislamiento y soledad. Os hará sentir útiles ayudando a los otros. Descubriréis que no sois los únicos que sufren, que hay otras personas que atraviesan circunstancias similares a las vuestras. Y eso os hará sentir más seguros, facilitando vuestro crecimiento y desarrollo personal.

Tuve que reconocer que el catálogo de bondades era francamente atractivo. Inevitablemente comenzó a picarme la curiosidad y deseé empezar cuanto antes.

Víctor continuó su exposición -aquel día tendría para rato- con aquella cadencia de voz pausada y monocorde que inducía a un sopor narcótico. Supuse que era su forma de tranquilizarnos. Él asumía la ingrata tarea de romper el hielo de la sala, a base de sus oportunas aclaraciones acerca de la técnica terapéutica que estábamos a punto de estrenar.

-Desde un punto de vista práctico, la Terapia de Grupo es una de las técnicas más poderosas en el campo de la Psicología en lo que hace referencia al tratamiento de determinadas alteraciones del comportamiento. La fundamentación teórica no está totalmente clara, pero sabemos que funciona, incluso a veces notablemente mejor que el tratamiento individualizado...

No estaba mal del todo, admití. Al menos el hombre se mostraba sincero. Nos estaba ofreciendo una sorprendente analogía de cómo se comporta el *Windows* cuando se “cuelga”: “Apaga y vuelve a encender”. No preguntes por qué, pero funciona.

El psicólogo prosiguió con su prédica, ajeno a mis reflexiones.

-La causa quizás, pueda hallarse en el origen del comportamiento humano... El individuo es un animal social, nos desarrollamos en ambientes grupales: la familia, la escuela, el trabajo, los amigos... Desde ese enfoque, la psicoterapia de grupo no es tan diferente de la vida cotidiana, ya que provee de un contexto en el que compartir los problemas y las preocupaciones, y ayuda a comprender mejor la propia situación, y a aprender junto con las demás personas...

Víctor continuó desplegando sus insospechadas habilidades comunicativas, y en poco tiempo consiguió hacernos olvidar los rigores hipotérmicos de la sala, mitigados sólo en parte por una vieja y destartalada calefacción.

-El grupo no deja de ser una representación en miniatura del mundo real. Las dificultades, problemas y decepciones que os han traído a la consulta se reactivarán aquí dentro, tal vez de forma dramática, y los comportamientos desadaptativos, las dificultades interpersonales, se harán mucho

más evidentes y claras que la mera descripción que podáis hacer de ellas. Tendremos que aprender a manejar esas situaciones, pero estoy convencido que a través de la exploración interpersonal honesta, tendréis la oportunidad de aprender sobre vosotros mismos y entender cómo sois comprendidos por los otros.

No supe muy bien qué trataba de decir con eso de “dramáticas”... y a pesar de su optimismo respecto a nuestras supuestas capacidades, me sentí algo intranquila. Miré de reojo, intrigada por conocer la reacción de “los otros”. Tenía curiosidad por ver si las palabras de Víctor causaban el mismo efecto en el resto de la audiencia. De repente sentí un ligero escalofrío... el público estaba en trance.

-Bien, quiero que sepáis que la terapia es un foro en el que podréis expresaros libremente, sin embargo, existen ciertas normas que nadie debe infringir...

Las reglas nunca se me dieron bien. Intuí que con ellas empezaban mis problemas.

-La primera es la confidencialidad –se tomó unos segundos para mirarnos con atención. Sus ojos cayeron sobre los míos provocándome una reacción instintiva de evitación-. Cualquier cosa que se trate en esta sala –prosiguió-, no será compartida con nadie que no forme parte del grupo. Recordad que pretendemos crear un ambiente privado y de confianza que promueva la expresión libre de nuestros sentimientos. Una de las consecuencias que se derivan de ello, es que entre vosotros no debe establecerse ningún vínculo personal, laboral o de otra índole que coarte esa necesaria expresividad. Por tanto, en adelante, intentaremos seguir manteniendo esa condición: queda absolutamente prohibido establecer cualquier tipo de relación fuera del ámbito de la terapia.

Me tranquilizó oír la primera regla. No estaba en mi cabeza confraternizar con aquel atajo de locos. No obstante, y pese a lo innecesaria, la advertencia me resultó algo sombría.

-Otro aspecto a tener en consideración es el respeto. Os adelanto que seré inflexible en este punto –tal vez fuera el modo en que expresaba esos mandamientos lo que hizo que me inquietara. Pensé que ya estaba con mi “neura”, de modo que atribuí aquella sensación a mi natural rechazo por las normas, fueran éstas cuales fueran-. Cada uno es libre de exponer sus ideas de forma auténtica y honesta –continuó-, sin que nadie le juzgue por pensar de ese modo. Estáis aquí precisamente, para comprender a los demás y tal vez ello os ayude a comprenderos a vosotros mismos... en cierto modo, habréis de ejercer de terapeutas, aportando diferentes enfoques, de modo que cada uno sepa extraer sus propias conclusiones...

Adiviné en esa nueva norma un riesgo potencial de futuras desavenencias, a causa de mi carácter impulsivo y a menudo ofensivo, no digo ya de mi irascibilidad ante la crítica o la disconformidad acerca de mis planteamientos. Quise tranquilizarme pensando que Víctor ya estaba preparado para ello.

-Por último, os exigiré vuestro firme compromiso hacia mí, hacia los demás y hacia vosotros mismos –sentenció-. Deberéis involucraros sin reservas, ayudando a vuestros compañeros y participando. No se tolerará el absentismo.

Aquel último precepto resultó ser el más polémico. Desencadenó un murmullo general y, en mi caso, una incómoda sensación de desasosiego. Nunca he sido demasiado fiel a adherirme a un tratamiento; de inmediato desconfío del psicólogo de turno. Aunque en aquel momento yo era incapaz de adivinar hasta qué punto llegaría a exigírsenos el pago de ese diezmo.

-Bien... se acabó hablar de teoría. Ha llegado el momento de que toméis la palabra. No sería conveniente que esta primera sesión se convierta en un monólogo...

Había llegado la hora más temida...

-Me gustaría que cada uno de vosotros hiciese una breve presentación de sí mismo, enumerando los motivos por los que cree que necesita ayuda, y cuales son sus objetivos al final de la terapia. Durante las próximas sesiones iremos profundizando en todas esas cuestiones. ¿Quién desea tomar la palabra?

Se produjo un tenso silencio. De repente el interés del auditorio se vio desplazado a los objetos ornamentales de la sala.

-¿Joan?... -le animó Víctor.

El aludido puso los ojos en blanco; tuvo la mala fortuna de situarse “a mano derecha” de nuestro psicólogo. Craso error: mi norma más elemental en clase –yo también tenía algunas- siempre fue alejarme lo suficiente de la primera línea de tiro.

-Hola... -tanteó nerviosamente-, me llamo Joan Solís. Soy ingeniero... -se detuvo para lanzar una mirada interrogativa a nuestro psicólogo, quien le hizo un gesto de consentimiento invitándole a que no se “cortara”, y el tal Joan pareció captar muy bien el mensaje-. Acabo de separarme y soy padre de un bebé de tres meses... en estos momentos estoy de baja por depresión y he venido porque necesito... necesito recuperar las riendas de mi vida, cuanto antes... he... he tratado de suicidarme...

La inesperada revelación cayó como un jarro de agua fría, provocando un mar de cuchicheos entre los asombrados miembros de la sala. Nos revolvimos sobre la silla; aquel tipo no se andaba con rodeos.

Fueron presentándose uno tras otro. Confieso que me sorprendió la sinceridad con la que se expresaban a la hora de describir los motivos y las metas que les habían conducido a la terapia.

-Soy Nacho Bonafé –dijo tímidamente un chico delgado, del que apenas pude distinguir su rostro, pero con el cabello más negro y brillante que las alas de un cuervo-. Estoy soltero, trabajo en

una multinacional alemana como jefe de la sección de controladores Simatic –algo relacionado con los ordenadores, aclaró-, y padezco un trastorno obsesivo-compulsivo. Estoy aquí porque necesito superar mi obsesión por los números. Me paso el tiempo buscándoles sentido: sumándolos, restándolos, cambiándolos... hasta que obtengo una cifra que resulte significativa para mí. Cuando lo consigo me encuentro algo más tranquilo, pero de inmediato, aparece otro número que me obliga a comenzar de nuevo. Es realmente angustiioso; no me permite concentrarme en el trabajo y ya me he visto sujeto a varias amonestaciones. En estos momentos estoy en situación de baja laboral.

Finalmente me llegó el turno a mí. No sabía por dónde empezar, ni siquiera si empezar...

-Me llamo Anna Castell... estoy soltera y soy diplomada en Empresas y Actividades Turísticas. Sufro un trastorno límite de personalidad... en estos momentos me encuentro también de baja...

Estuve tentada a explicar algunas de las causas que me habían llevado a deambular por las terapias, pero consideré que no era el momento de presentarme como una aberración de la naturaleza. Supongo que en el fondo yo también me esforzaba por negar mi enfermedad. En cualquier caso, mis extemporáneas visitas a las consultas estaban generalmente asociadas a los cambios de medicación y a situaciones un tanto “extravagantes”. Situaciones que por otro lado, acabarían convirtiéndose en un fenómeno demasiado habitual en la terapia. Aunque yo eso todavía lo ignoraba.

-He venido por prescripción de mi psiquiatra –añadí-, con el fin de aprender estrategias que me ayuden a relacionarme... Suelo ser un poco “complicada”.

Me hubiese gustado añadir que esa situación no representaba ningún problema para mí, y que no necesitaba de ningún tipo de ayuda psicológica, pero imaginé que más de uno pensaba de la misma forma. Afortunadamente no tuve la opción de hacerlo; Víctor dio por concluida la primera sesión y yo experimenté un profundo alivio ante aquella oportuna “asistencia”. Pensándolo bien, después de todo, no había resultado tan dramático.

Cuando estaba recogiendo mis escasas pertenencias, Víctor se dirigió hacia mí haciendo un gesto para que aguardara.

-¿Qué tal? –dijo sonriendo-. ¿Qué te ha parecido el primer *round*? ¿Crees que soportarás un segundo asalto?

Me sorprendió que dejara a un lado las formalidades del primer día y me tuteara con toda familiaridad.

-Me estoy planteando seriamente recuperarme, o simular que ya lo estoy, si con ello puedo evitar pasar de nuevo por este calvario –le dije bromeando yo también.

-Tengo veinte minutos todavía. ¿Qué te parece si te invito a tomar un café?

Me sentí halagada; ese hombre seguía sorprendiéndome. Víctor estaba despertando en mí un sentimiento contradictorio, de rechazo y de atracción, imposible de explicar.

-Bien, espérame en el bar de enfrente mientras acabo de despedir al resto de tus compañeros. Serán sólo unos minutos.

Me dirigí a la cafetería, estratégicamente ubicada a la salida de la residencia. Tuve que admitir que el propietario tuvo buen ojo en situarla allí, tan buen ojo como el que inauguró el primer restaurante en un polígono industrial.

Me acomodé en una de las mesas que daban al exterior, bajo un retrato que mostraba a un sonriente propietario –visiblemente más joven y menos inflamado-, vistiendo una vieja camiseta en la que rezaba la profunda reflexión: “Busco sexo, y si surge, amistad”. Tras un examen pormenorizado, pude comprobar que aquella ingeniosa frase formaba parte de un amplio epistolario que adornaba todas las paredes del local. Deduje que el propietario debía de padecer algún tipo de trastorno relacionado con la conducta sexual.

Desde aquella posición podía contemplar perfectamente la salida del recinto. Vi pasar uno a uno, a mis eventuales compañeros de apostolado. Me sorprendí nuevamente al constatar que entre ellos seguía sin evidenciarse ningún signo de camaradería, algo así como gestos corteses de despedida o algún breve comentario de última hora. Acabábamos de compartir una hora y media de terapia y seguíamos comportándonos como unos perfectos desconocidos, cabizbajos y con prisa, avergonzados como individuos que salen de un banco de semen tras donar el superávit de gametos sólo por unas cuantas monedas.

Estaba pensando en ello cuando de repente captó mi atención uno de los miembros de la saga. Se encaminó hacia el sujeto que iba delante de él. Tuve la impresión de que le gritaba. El chico de cabello azabache, y francamente atractivo, se giró en redondo. El otro, que era un poco más alto y que lucía un mal disimulado brote de alopecia, le señaló con el dedo confirmando que era a él a quién se dirigía.

El guapo, hizo un gesto de espantar moscas con la mano, como dando algún asunto por zanjado. Sorprendentemente, el calvo le golpeó en el hombro con el puño, desequilibrándole. En aquel preciso instante vi acercarse a toda prisa a nuestro psicólogo. Dijo alguna cosa; estaba visiblemente enojado. Los otros dos se mantuvieron en silencio. Víctor se situó entre ambos hablándoles y haciendo gestos de desaprobación. Los dos hombres inclinaron la cabeza, asintiendo. Finalmente Víctor les emplazó a que se marcharan y, obedientes, cada uno escogió una dirección opuesta.

Me sentí intrigada al contemplar aquella escena. Aquellos dos machitos se enfrentaron como si se conocieran de antemano, cosa bastante improbable a tenor de las premisas que Víctor acababa de exponer durante nuestra primera sesión. Una de las normas esenciales de la terapia de grupo era la del anonimato: nadie podía ni debía conocer a nadie.

No tardaría en descubrir los motivos de aquel misterioso comportamiento, y de otros que sobrevendrían a lo largo de aquella amarga y tormentosa experiencia.

En cuanto los jóvenes hubieron desaparecido de su campo de visión, Víctor se dirigió hacia el café en el que me hallaba. Bajé la mirada de inmediato, haciendo ver que no me había percatado de aquel curioso incidente. Víctor, entró y se sentó junto a mí. No hizo ninguna referencia a lo que había ocurrido y yo tampoco hice mención alguna.

-¿Qué quieres tomar? –me preguntó.

-Un café sólo.

Hizo una indicación al fotogénico camarero.

-Dos cafés solos, por favor.

Víctor, extendió sus manos sobre la mesa, y las colocó sobre las mías, con sorprendente naturalidad. No esperaba aquella reacción por parte de él, y las retiré instintivamente. No pretendía ser maleducada. Me excusé ante él.

-Lo siento, perdona...

-No tienes por qué disculparte. Soy incapaz de controlar mis impulsos. A veces creo que a través del contacto físico puedo conectar con el estado de ánimo de mis pacientes más eficazmente que con las palabras.

Mientras hablaba captó mi atención el grotesco sello que lucía en el dedo anular de la mano derecha, y al modo de una descarga eléctrica, me sobrevino una imagen turbadora, como de otro tiempo, antiguo, doloroso y olvidado. ¿Dónde había visto antes ese anillo? Una sortija como aquella no debía ser fácil de olvidar. Era octogonal, en oro, y tenía grabados unos símbolos que en aquel momento no pude reconocer, pero que no me eran del todo desconocidos.

-¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? –se interesó Víctor al observar mi reacción.

Me miró con recelo. Estoy convencida que no le pasó por alto mi desconcierto ante la presencia del anillo. Me traspasó con sus ojos, intentando descubrir el motivo de mi repentino cambio de humor. Pero antes de que él insistiese en el asunto, decidí tomar la iniciativa y dar un giro a la conversación.

-No, nada, sólo que... estoy francamente sorprendida... No imaginé que la gente reaccionaría de forma tan abierta.

Víctor se dio cuenta de mi intento de evasión, pero no hizo nada por evitarlo. Me incliné ante su elegancia.

-Bueno, no siempre es así, y por desgracia todavía es demasiado pronto para juzgar –supuse que lo decía por el conato de disputa en el que acababa de mediar-. No obstante, tengo grandes esperanzas en este grupo, especialmente en alguno de vosotros –añadió haciéndome un guiño que yo no supe o no quise interpretar.

-Me pregunto cómo puede ser efectivo un tratamiento como éste con personas con trastornos tan distintos: depresión, psicosis, incluso un obsesivo-compulsivo...

Víctor me observó con comprensión.

-¿Sabes cuál es la característica común de los trastornos mentales?...

No se me ocurría ninguna respuesta ingeniosa. Le miré de forma interrogativa.

-La explicación irracional, alejada de la realidad objetiva –continuó como si fuera evidente-. Los depresivos están equivocados al concebirse como incapaces de hacer las cosas... los narcisistas se perciben como muy superiores a todo el que les rodea... el fóbico supone que el objeto de su fobia puede destruirlo... el anoréxico asegura que el alimento lo dañará... el obsesivo cree que todo debe ser controlado por él... Cada uno de ellos tiene una forma particular de entender el mundo y de

verse a sí mismo. De hecho todas las personas tenemos una forma diferente de explicar la realidad... así como cada pueblo tiene su propia cosmovisión. El problema como siempre, es una cuestión de grado. Cuanto más alejada de la realidad sea la percepción, mayor será el grado de desadaptación y de enfermedad, como en el caso de la psicosis.

A pesar de su explicación, me resultaba paradójico el modo en que una técnica de aquel tipo podría llegar a ser útil como para tratarnos a todos y pretender corregir nuestras excentricidades.

-La terapia de grupo no pretende curar de manera inapelable a los pacientes –aclaró-. Las manifestaciones conductuales son tan amplias y perturbadoras que ésa sería una ambición utópica. Pero lo que sí puede hacer es ayudaros a comprender el problema, a tomar consciencia de vuestros sesgos cognitivos y a proveeros de estrategias de afrontamiento para combatir la ansiedad, el miedo, la desesperanza... La medicación es el otro pilar en el que se fundamenta el tratamiento...

La charla se prolongó unos minutos más. Víctor estaba en su salsa, y mi inicial suspicacia fue derivando hacia un sentimiento de admiración difícil de gobernar.

Me enteré, entre otras cosas, que la terapia de grupo comenzó a implantarse a principios del siglo XX en Europa; el primero en emplearla fue el rumano Jacob Levy Moreno, un psiquiatra de formación psicoanalítica que llevaba a sus pacientes a exteriorizar sus problemas para hacerles conscientes de ellos. Su psicodrama, al que éste bautizó originalmente como *Stegreiftheatre* -el teatro de la improvisación-, se extendió rápidamente a otras partes del mundo y hoy era ampliamente utilizado en el tratamiento de pacientes tanto neuróticos como psicóticos. En su teatro utilizaba escenarios dramáticos en los que se desarrollaba la acción; una acción que podía ser relativa a acontecimientos pasados o futuros, reales o imaginarios, externos o internos, experimentándolos al máximo, como si estuvieran sucediendo en el presente... Víctor me estaba dando pistas sutilmente pero yo en aquel momento no podía adivinarlo. Solo más tarde comprendí que cuando él hablaba, debía prestársele suma atención.

También me habló acerca de la delgada línea que separa la razón de la locura, y de lo difícil y arriesgado que en ocasiones puede llegar a ser un diagnóstico.

-Siendo rigurosos, todo lo que tenemos hasta ahora son definiciones pobremente delimitadas y en la mayoría de casos poco consensuadas, en las que los síntomas se superponen y en las que abundan las categorías no especificadas. Sin olvidar que la cultura o los valores determinan buena parte de los criterios que se emplean para confeccionar las taxonomías. Tampoco estamos seguros de qué papel juega la locura... Genios como Charles Darwin, Martin Luther King o Woody Allen padecieron a lo largo de sus vidas de “Trastorno Obsesivo Compulsivo” –TOC-: individuos que presentan unas habilidades cognitivas muy superiores a la media... ¿Quién querría estar sano si tuviese la oportunidad de escoger entre esas vidas?... La mente sigue siendo el gran reto...

Desde luego lo era para él y no dudaba en invertir su tiempo y sus recursos en desenmascarar aquel impenetrable misterio. Pero eso también era desconocido aún para mí.

Víctor habría seguido hablando, y yo escuchando embobada, pero hacía más de diez minutos que sus veinte se habían agotado. Cuando abandonó el café, sentí que me abandonaba a mí también, y tuve que hacer un esfuerzo por no salir corriendo tras él. No sé de qué manera, una parte de su magnetismo comenzó a arrastrarme hacia él, doblegando mi voluntad por primera vez en mi vida, y aquella sensación me hizo sentir muy incómoda.

EL DIARIO: AQUELARRE

El teléfono sonó con estridencia, mientras buceaba entre las páginas del último best seller del año; en realidad, sorteando los arrecifes del capítulo que hablaba de “La mente universal” -una guía espiritual tan apropiada como poco convincente con la que paliar mi actual estado de ánimo.

Ricard se lanzó hacia el aparato del mismo modo que un plusmarquista se enfrenta a su último intento.

-¿Quién pregunta por ella? -oí que decía, mostrando un desagradable e innecesario tono de agresividad.

Me sentí intrigada por la hora, y porque francamente, no solía recibir llamadas de ningún tipo.

A los pocos instantes se oyó el fuerte chasquido del auricular golpeando con violencia contra la superficie de la mesa. Imaginé que Ricard se había deshecho del mismo con enfado, culpándolo absurdamente de su infelicidad.

-Se trata de Víctor, “tu psicólogo”...

Reconocí que aquello sonaba fatal y presagí con fastidio una nueva contienda dialéctica. Ricard estaba en trance de experimentar otro de sus repentinos e incontrolables ataques de celos. Las cosas no marchaban nada bien entre nosotros y debió imaginar que el titular de aquella voz tenía que ser forzosamente el artífice de nuestras continuas desavenencias. Algo absolutamente ridículo, ya que él sabía que lo nuestro trascendía al plano físico.

Al cabo de unos segundos de intercambiar algunos gritos y reproches, me puse por fin al beligerante aparato.

-¿Sí?, ¿Víctor? ¿Qué demonios ocurre? –pregunté contrariada.

-Hola Anna, perdona que te llame a casa... Me preguntaba si te apetecería salir esta noche. No quisiera ser inoportuno. He oído...

-No... no es nada, no te preocupes; últimamente está insoportable.

Insoportable era una manera muy injusta de describir el estado de ansiedad y desasosiego en el que se hallaba Ricard. Ricard... que veía cómo escapaba de sus manos de manera irremisible. Yo nunca le había querido, cuando menos de la forma en que él lo hacía, del modo en que cualquier otra persona lo hubiera hecho. Yo nunca querría a nadie de la forma en que otros se amaban. Era igual de quién se tratara. Era un defecto de serie; una marca de la casa; un rasgo de personalidad. Yo era como una gospira, una chispa que ardía con intensidad y brillantez durante unos breves segundos, y que luego se apagaba y no había forma de encender jamás. Estaba siendo terrible para Ricard tomar consciencia de esa cruel y desgarradora realidad, porque no había forma de evitarlo, y aceptar esa certeza aumentaba su sentimiento de impotencia y de frustración. Ni siquiera tenía razones para culparme, porque no era culpa mía. Él sabía que yo no encerraba ninguna clase de maldad, ni siquiera podía acusarme de ser una farsante. Siempre le había dicho la verdad. Pero tal vez pensó que con él eso cambiase, y no cambió. El cariño había ido diluyéndose poco a poco, apagándose entre los muros de una relación convencional. Y yo fui marchitándome... Él tendría que admitir tarde o temprano, que la única manera de que yo recuperase mi vida sería derribando las puertas de la prisión de cristal que con amor había forjado para mí -tal vez demasiado amor y demasiado cristal transparente-; permitirme alzar el vuelo en busca de otros cielos, de otros nidos... Mi cuerpo y mi alma hacía tiempo que ya estaban en otra parte.

-¿Salir juntos?... ¿eso no estaba prohibido? –cuestioné, dudando sobre la conveniencia de infringir una norma tan esencial de la terapia.

-Bueno... yo represento a la ley –ironizó-. Recuerda que soy yo quien decide lo que es conveniente para vuestro tratamiento...

-No sé...-dije dudando todavía. No quería hacer más daño a Ricard, al menos, no más del estrictamente necesario.

Víctor tal vez no se esperaba aquella falta de entusiasmo por mi parte.

-¡Anímate! –contraatacó-. Te llevaré a un lugar que te sorprenderá. Además necesito hablar contigo acerca de algunas cosas que me preocupan, y que te incumben muy directamente –añadió misteriosa-mente.

La referencia a mi persona hizo que me sintiese particularmente intrigada; no estaba acostumbrada a ser objeto de atención. Confieso que tras aquella declaración de intenciones, mi pudor por el estado de Ricard pasó a un segundo plano, de hecho, un plano en el que hacía mucho tiempo que ya estaba relegado.

Víctor vino a recogerme en menos de media hora, el tiempo justo que invertí en ducharme y cambiarme de ropa, con la desagradable melodía de los reproches de Ricard como música de ambiente. Me di un último vistazo en el “espejo mágico” del recibidor. Comprobé con satisfacción que incluso con el cabello mojado y sin maquillar estaba guapa. Tenía una cierta retirada gótica, pero sin excentricidades.

-No me esperes despierto. No sé a qué hora llegaré –dije saliendo a toda prisa, cerrando la puerta tras de mí y hastiada de tanta censura.

Víctor me observaba desde el interior del vehículo a medida que me aproximaba. Entré rápidamente en el coche con la palabra “¡Arranca!” por saludo. Todavía me sentía molesta y en muchos

sentidos, responsable de prolongar la agonía de aquella amarga relación sentimental. Molesta y frustrada conmigo misma. No acababa de comprender qué era lo que me estaba sucediendo. ¿Por qué tenía que ser siempre todo tan difícil? Habría dado cualquier cosa por ser como los demás; enamorarme de alguien y que ese sentimiento durase algo más que el tiempo que me llevaba conocer su nombre y oficio.

Víctor adivinando mi estado, quiso que olvidase el incidente cuanto antes.

-Quiero que conozcas un lugar insólito, que muy poca gente ha visitado –dijo de forma enigmática.

La verdad, dudé de aquella posibilidad. Resultaba francamente difícil que pudiera sorprenderme. La isla es muy pequeña, y los lugares de ambiente son del dominio público. Sin embargo preferí no mostrar abiertamente mi incredulidad: no quería pulverizar sus expectativas de forma tan prematura.

-Este lugar es diferente, te lo aseguro; lo comprobarás en seguida –insistió, adivinando mi escepticismo.

Circulamos por la autovía de Poniente en dirección a Andratx, hasta alcanzar el desvío de Bendinat. Deduje con un precipitado aire de suficiencia, que nos dirigíamos a la Cala Comtessa, una de las tres playas de Illetas; una preciosa y pequeña bahía -la más alejada de Palma, pero la más natural y la que conserva todavía su genuino encanto- situada en la costa occidental de Mallorca, y que yo sobradamente conocía; de hecho, hacía sólo escasos meses que había sido invitada por unas amigas a celebrar uno de los últimos y muy socorridos actos de “botellón”.

-Bueno, y ¿qué es eso tan importante que no puede esperar hasta mañana? –pregunté impaciente.

Víctor se mantuvo pensativo. Tal vez todavía no había llegado el momento de las confidencias. Me pareció que estaba contemporizando.

-¿Qué te ocurre?, ¿no vas a contarme nada? –insistí.

-No sé... todavía estoy sopesando si ya estás completamente recuperada de los efectos de tu última conversación...

Hablaba de Ricard.

-Te veo muy hostil –aclaró-, y yo necesito que tu grado de activación psicofisiológico descienda al nivel de línea base...–añadió en un inoportuno tono docto-. ¿Sabes?, una de mis normas básicas es que “cada cosa requiere su debido tiempo”...

“Magister dixit”. Pronto comprendería que Víctor tenía las suficientes normas como para fundar una academia de marines, y eso era algo que comenzaba a exasperarme.

-Es tan perjudicial no llevar a cabo una acción cuando la ocasión lo requiere, como hacerlo en un momento inoportuno -sentenció.

-De acuerdo –dije conciliadora-, tienes razón, estoy algo alterada; Ricard me pone de los nervios... -inspiré profundamente, en actitud tibetana, dejando escapar el aire lentamente-. Solucionado, a partir de este momento paso página. Te escucho...

Me dio la impresión de que se había quedado convencido. A pesar de mi mal humor, entendía su postura, no era mi primer terapeuta. Yo sabía que cualquier error de interpretación por parte de una paciente podía poner en peligro el precario vínculo de confianza que se forjaba entre ambos, tan esencial para el tratamiento como el que se establecía entre el penitente y su confesor a la hora de redimir el alma de aquél. Eso explicaba que Víctor se anduviera con pies de plomo.

-Anna... esta mañana, al finalizar la terapia, mientras esperabas en el café.... observé cómo te fijabas a través de los cristales...

Al principio no supe a qué se refería, pero de inmediato recordé el extraño incidente protagonizado por dos de los miembros de la terapia. Un comportamiento inexplicable si, como dijeron durante la sesión, no se conocían de antemano. Casi acaban a tortazos de no ser por la oportuna intervención de Víctor.

-No quiero que nadie sepa nada de lo que te voy a contar. Quiero que me lo prometas, ¿sí?

Aquel singular acto de complicidad me resultó bastante incómodo. No existía entre nosotros ningún vínculo de camaradería, y mucho menos nada que justificase que se abordaran temas relacionados con otros miembros del grupo, fuera del entorno de las sesiones de terapia. ¿No era ésa otra violación en toda regla del código ético que horas antes había proclamado nuestro contradictorio psicólogo?

-Oye... a mi no me interesa nada de lo que pasó allí, ¿vale?...

No era cierto. Estaba intrigada, sin embargo, algo en la actitud de Víctor me hizo ponerme a la defensiva. Tuve la inexplicable sensación de que buscaba alguna cosa diferente de mí, más allá de la simple complicidad, y el incidente entre Nacho y Joan resultaba un oportuno pretexto para justificar aquel intento de aproximación.

-Anna... me preocupa que te hayas formado una idea equivocada. En cierto modo, me siento responsable de lo que pasó y quiero que no haya ninguna mala interpretación al respecto. Es crítico que el grupo esté cohesionado, que todos confiéis en la terapia, que confiéis en mí...

Volví a experimentar aquel desagradable ramalazo de quien está a punto de ingresar en una secta, si es que no lo había hecho ya, y los acontecimientos que se sucederían a lo largo de la noche no me ayudaron a disipar aquellos pésimos pensamientos.

-Joan y Nacho no se conocían de nada –prosiguió-, quiero que eso quede claro; al menos, no se conocían personalmente...

A continuación, procedió a darme puntual explicación del extraño comportamiento de ambos jóvenes, y de la relación que existía entre ellos mucho antes de coincidir en la terapia. Cuando finalizó su relato, yo permanecí atónita. La historia era de lo más sórdida. ¿Cómo había permitido Víctor, a sabiendas de esos hechos, reunirlos en el mismo grupo? ¡Era de lo más cruel!

-Anna –continuó Víctor, adivinando mis pensamientos-, yo, al igual que ellos, sólo lo comprendí durante sus respectivas presentaciones. Nunca imaginé que ambos pudiesen tener algo en común, ¿lo entiendes?

-¿Pero qué me dices de nosotros? –protesté-. ¿Esto tiene que afectar forzosamente al resto del grupo? Se convertirá en un infierno...

-Ya he hablado con ambos –quiso tranquilizarme-. Están dispuestos a colaborar y a dejar de lado sus desavenencias en favor del grupo. En el fondo están tan angustiados y necesitados de ayuda como el resto.

No supe qué responder, pero los molestos chirridos de dos cazas bombarderos compitiendo por ocupar el mismo hangar, me alertaron de que algo no marchaba bien. Las cosas no eran lo que parecían, y una voz desde el fondo de mi cabeza me previno que un interés oscuro y turbulento se ocultaba detrás de todo ese asunto. No atendí aquel débil lamento; un lamento que a lo largo de los días se convertiría en una súplica denodada y estéril.

Por fin llegamos a la playa de Illetas, tal y como yo había sospechado. Víctor aparcó el coche en una zona de estacionamiento anexa a un destacamento militar del Ministerio de Defensa, y a continuación, descendimos en silencio por unas resbaladizas escaleras hacia la hermosa Cala Comtessa. Hasta el momento ninguna sorpresa. Desde allí me hizo caminar bordeando el acantilado has-

ta alcanzar el islote de S'Estenedor o Illa des Pas, al otro lado de las instalaciones de la sección náutica -la calle de la Cala Comtessa está franqueada por una aduana y es necesario sortearla a través de la costa para llegar al islote; aunque hablando con propiedad, ya ni siquiera se puede hablar de un islote; hace tiempo que fue conectado a la costa de Mallorca para convertirlo en un aparcamiento exclusivo para personal militar.

En aquel lugar no había nada que yo no hubiese visto antes, a pesar de lo cual, reconocí que la imagen que ofrecía aquella reserva natural a esas horas de la noche era muy reconfortante. A mi izquierda se situaba la isla de Sa Caleta, un abrupto trozo de tierra separado apenas unos metros de distancia de nuestra posición; y a la derecha, la isla de Sa Torre; un antiguo bastión militar en el que todavía se pueden observar los paramentos de una torre inicialmente destinada a los usos de prisión militar. Todo eso formaba parte ahora de manos privadas, no sin cierta controversia.

Seguimos caminando en dirección al extremo más prominente del islote, respirando el salitre de la brisa marina, y escuchando el sonido del mar batiendo contra las rocas. A medida que avanzaba se iba apoderando de mí esa sensación irreal de hallarme cada vez más alejada de mis fetiches y más cerca del fin del mundo. A ambos lados del angosto istmo de tierra sólo había agua; negra y susurrante. Llegamos hasta el final del paseo y Víctor me invitó a que le siguiera más allá de la valla de protección. Le miré alarmada, pero él hizo caso omiso de mi aprensión y siguió andando hasta alcanzar el agreste límite del acantilado. Desde allí me tendió de nuevo su brazo. No entendía de qué iba aquello: ¿Acaso se trataba de algún acto de inmolación?

-Ven, acércate -dijo mostrando una amplia sonrisa que a la luz de la luna lanzó destellos fluorescentes obligándome a proteger mis ojos al modo de un soldador.

Le observé, insegura de unirme a él. Insistió, haciéndome un gesto con la mano: “¡Vamos!, ¿a qué esperas?”. Me dirigí hacia su posición tropezando peligrosamente contra las afiladas rocas y jurando en arameo, hasta conseguir aferrarme a su brazo. Entonces me señaló con el dedo en direc-

ción a una escarpada concavidad abierta en medio del farallón. Las olas golpeaban furiosamente lanzando baños de espuma sobre nuestras cabezas.

-¿No creerás que voy a bajar por ahí? –dije escandalizada- ¿Acaso la fiesta está en el fondo del mar?

-Calma, confía en mí –me animó Víctor, tomándome del brazo-. Anda, yo te ayudo. Vayamos con cuidado.

Miré hacia abajo indecisa, tratando de prestar mayor atención y fue entonces cuando pude divisar en el fondo del acantilado una pequeña embarcación anclada junto a las rocas, en la que un hombre de pelo largo, nos esperaba tranquilamente repantigado en el asiento de popa, ajeno a la ira del dios Neptuno. Vestía un peculiar atuendo blanco, una suerte de camisión. Aquella imagen me hizo recordar a un entrañable habitante de Ganimedes, que se hizo bastante popular en televisión, hacía ya unos cuantos años.

-¿Vamos de pesca o se trata de algún viaje interestelar? –pregunté con sarcasmo.

-Muy agudo –dijo Víctor, a quien no se le escapó el increíble parecido del barquero con el “raticulín” extraterrestre-. En seguida sabrás dónde vamos. No seas pusilánime y déjate llevar.

Reptamos por entre las rocas manteniendo el equilibrio de forma milagrosa. En cuanto puse un pie en la barca –con mis ropas completamente empapadas-, el barquero, mostrando una sonrisa alucinógena, me ofreció -a modo de saludo- una copa cónica de cristal que contenía un líquido rosado parecido a la grosella, pero sin el borde azucarado. Debía de ser su fuente de energía. Miré de manera interrogante a Víctor.

-Es como un rito iniciático –intentó tranquilizarme-. Tienes que beberlo para purificar tu cuerpo y tu alma. De otro modo contaminarías al resto del grupo.

Miré a ambos lados de la barca buscando al incógnito colectivo tan magistralmente disimulado, sin éxito, por supuesto. Deduje que la fiesta estaba en otro lado.

-Entiendo, y tú estás inmunizado, ¿no?

-En cierto modo sí, así es... -señaló de forma enigmática.

Le clavé una mirada desconfiada, pero opté por seguirle la corriente y probar aquel líquido supuesta-mente antiséptico. Me sorprendió. El sabor era amargo y refrescante, como el bitter, aunque algo más ácido y con una generosa dosis de alcohol, a pesar de lo cual, entraba con facilidad. Me gustó.

En cuanto hube apurado la última gota del brebaje, el marinero galáctico levó anclas y puso rumbo hacia el mar, como si aquella oblación fuera el trámite indispensable.

De inmediato comprobé que nos dirigíamos al illot de Sa Torre, el pedrusco más austral de los tres que forman Illetas. Accedimos por la cara occidental de la pequeña isla, completamente invisible desde la costa de Mallorca. Fue entonces cuando comencé a oír la música, y a vislumbrar unos diminutos puntos de luz sobre las rocas. A medida que nos acercábamos, fui distinguiendo con mayor claridad. Eran hogueras, pequeñas y repartidas a lo largo del litoral, dándonos la bienvenida; y gente, entre veinte y treinta personas; ¡algunas de ellas en el agua!; ¡Dios qué frío!; aquella gente estaba loca de remate; estaban... ¡estaban impudicamente desnudas! Miré a Víctor escandalizada.

-Oye Víctor, ¿dime de una puñetera vez de qué va esto? ¿No pretenderás que vaya a ponerme en “bolas”?

-¿Quieres dejar de ser tan desconfiada? -protestó-. Nadie te va a pedir que te quites un solo calcetín. La gente aquí hace lo que le apetece; bebe, charla, escucha música y se da un baño en el mar. Sólo es un grupo de amigos que se divierten tranquilamente, alejados del bullicio de Mallor-

ca... Desde un tiempo hasta acá, es imposible disponer de cierta intimidad. La isla está tomada por extranjeros.

Me sentí un poco avergonzada. Más tarde comprobé que en efecto, algunas de aquellas personas vestían de un modo convencional, y conversaban con absoluta naturalidad con los que preferían ir desnudos. Me tranquilicé; no sabría decir si por la oportuna aclaración de Víctor, por la visión del colectivo “pro-defensa” de la intimidad sexual, o por el efecto del extraño mejunje que el barquero me ofreció. El hecho es que nada más pisar la orilla mi comportamiento fue irreconocible, como si el contacto de mis pies desnudos sobre la arena húmeda de la playa me hubiese conectado a la red voltaica del islote; desatascando mis obstruidos sentidos con una violenta sacudida; liberándome del acúfeno que durante años atormentaba mi cabeza y devolviéndome súbitamente el sentido de la audición, la vista, el olfato... La música me golpeó con desaforada vehemencia, y un temblor incontro-lado recorrió todo mi cuerpo. Experimenté una emoción imposible de describir en aquel rincón maravilloso y mágico, robado a la imaginación; una explosión de éxtasis que a punto estuvo de hacerme llorar, llorar de alegría. Se me erizaba la piel y mi cuerpo se estremecía al ritmo y la intensidad de la música. O quizás era más que música; tal vez electricidad, magnetismo, energía, fuerza, vigor... Tuve ganas de gritar. Comprendí que aquel torrente de emociones incontroladas era la forma en que mi asustado cuerpo respondía al súbito ataque de vida; una sensación completamente inédita para mí, que me embriagaba y me excitaba como un potente afrodisíaco. Me dejé envolver por la corriente humana, acariciada y mecida por el contacto de sus manos, de sus cuerpos, sin detenerme en nadie en particular, al contrario, deseaba que todos los que moraban en aquel místico paraje me pertenecieran –o yo a ellos-, al unísono, sin excepción, que nadie desapareciese de allí jamás. Me pregunté dónde había estado yo todo este maldito tiempo, y me inundó una profunda melancolía por lo que me había estado perdiendo, y tal vez, por el hecho de descubrir todo lo que me faltaba para ser completamente feliz. Hice un repaso de los mejores momentos de mi vida, y concluí que si había una representación mental que resumiese lo que yo quería, ésa era la imagen que tenía ante mí en aquel preciso instante. De pronto comprendí llena de júbilo que no había arrai-

gado en mí la frialdad afectiva, que podía volver a experimentar sensaciones con una intensidad dolorosa.

Estaba aturdida y Víctor debió advertir mi sorprendente metamorfosis. Como si viniese con su equipaje de mano, me ofreció una segunda copa de licor que en esta ocasión ni siquiera hice el amago de rechazar. Sabía a demonios, pero estaba deliciosa. Me arrastró hasta el extremo más oriental y despo-blado del “pedrusco” y pensé que había llegado el momento; sin embargo, como en el más inoportuno juego de despropósitos, no se atrevió a dar el último paso; me pareció que dudaba. Yo experimenté una sensación encontrada de alivio y de decepción.

-¿Qué ocurre? –le pregunté confundida.

-Nada... quiero que saborees la violencia de la madre naturaleza...

Tal vez hablaba del mejunje que me había dado a probar... Me observaba fascinado, como si yo fuera de una especie diferente, acaso el primer contacto entre dos seres de civilizaciones anti-téticas... Luego cambió mi interpretación –lo cierto es que esa noche mi percepción sensorial fluctuaría a la deriva-; se me antojó que él era una fiera jugueteando con su presa. Yo me habría puesto en guardia, pero en aquel momento ni mi cuerpo ni mi consciencia me pertenecían.

Sin apenas tiempo de sobreponerme a mi primer shock sensorial, volví a perder el control. La arena desapareció bajo mis pies como en un reloj de arena, y me sumergí en el remolino de una alucinación sinestésica, una percepción delirante producto de la fusión imposible de los cinco sentidos; ahogándome... Creo que duró sólo unos segundos. Respiré ansiosa y temerosa de asfixiarme. Era sólo el prelude de la experiencia psicodélica más extraordinaria de mi vida. Lo que sucedió a continuación difícilmente puedo describirlo. La música, la luna, el mar, el olor a salitre, y sospecho que el contenido amargo y delicioso del cáliz, causaron en mi consciencia un fenómeno disociativo, de despersonalización. Cerré los ojos y me dejé seducir por aquella agradable, primitiva y salvaje sensación de libertad. Me abandono- a su hechizo y me vi flotando por encima de la arena, volando

a dos centímetros de la superficie del mar, con la cara salpicada por las gotas de agua salada. Ascendí hacia el cielo iluminado de estrellas multicolores, impulsada por la fuerza de la música, ganando más y más velocidad. Y me precipité en picado hacia el centro del universo, al centro de la vida, al centro de mí misma. Y aterricé exhausta y temblorosa, sudando, henchida de una arrebatadora supremacía. Y me incorporé de nuevo, y la energía que asolaba aquel rincón zarandeó de nuevo todo mi cuerpo sin darle tregua, arrastrándolo al abismo de la desinhibición, del furor, de la pasión, liberándome de las ataduras mentales y físicas. Todo era posible, todo estaba permitido, todo lo habían puesto para mí –por fin entendí el significado que encerraban las palabras de aquella canción de Serrat-. Giré sobre mí misma, de pie, con la cabeza y los brazos extendidos hacia al cielo estrellado, y lloré, lloré desesperadamente, y me sentí feliz y loca. Me sentí el centro de la creación. Y salté desbocada, con movimientos rítmicos y tribales, movimientos que afloraban de manera descontrolada desde el fondo de mi ser. Movimientos instintivos y animales, de apareamiento, de seducción, de supervivencia. Di vueltas alrededor de una de las hogueras impelida por los gritos de la gente que para mí no eran otra cosa que un coro de espíritus de la naturaleza salvaje que me animaban a continuar mi danza mística, depurativa, de redención... Y me sentí inundada de esperanza de vida. Que no se acabe nunca, que dure eternamente... Pero mi cuerpo dejó de responder, extenuado, sin energías, y me desmayé con la danza de la vida resonando en mis neuronas.

Desperté sudorosa, pero relajada y diferente. Como si hubiese expulsado todos los demonios, los demonios de mi alma, los demonios de mi espíritu atormentado por la culpa y el remordimiento de ser distinta a los demás. Víctor me miraba absorto; en sus pupilas sonrientes se reflejaban las trémulas llamas de una hoguera mortecina. Permanecía a mi lado, embelesado, saboreando todavía la escena de aquel exótico y sensual aquelarre regalado de manera improvisada por aquella aprendiz de sacerdotisa.

-Chica -dijo recuperándose todavía de la impresión-, ha sido sencillamente sobrenatural...
¿Dónde has estado escondida todo este tiempo?

Yo estaba conmocionada, tratando de explicarme lo ocurrido. Era como si una bestia salvaje hubiese despertado de repente en mi interior, incapaz de doblegarse a la voluntad, a lógica, a la razón. Miré a Víctor interrogante.

-¡Qué vergüenza! Nunca antes me había ocurrido una cosa así.

-Anna... dentro de ti hay cosas maravillosas que tenemos que sacar de ahí a toda costa...

Me pregunté si el brebaje habría tenido algo que ver con todo aquello, o tal vez, y más inquietante, si se trataba de la turbadora influencia de Víctor. Si él tenía la facultad de explotar esa parte de mi interior, ¿qué otras cosas sería capaz de obligarme a hacer? Me desconcertó aquel pensamiento.

-No... no estoy segura de querer hurgar dentro de mí –dije confundida y asustada.

-¿De verdad no te gustaría saber quién eres?...

Me lanzó aquella pregunta y luego me miró como si él supiese la respuesta.

-Cuentan que en una isla perdida en medio del océano habitaba una princesa. Estaba destinada a ser la reina en poco tiempo. Se desposaría en unas semanas con un rico hacendado. Pero el miedo a perder su libertad y la responsabilidad de dirigir el reino la asfixiaban. Los habitantes de la isla vivían de espaldas al mar. La cultura y las creencias habían forjado en el inconsciente colectivo una profunda aversión hacia ese océano que les rodeaba, causante de tormentas e inundaciones y de la pérdida de sus hombres. Sin embargo ella, cada mañana se acercaba a la orilla de la playa, desoyendo los rumores, inexplicablemente atraída por sus aguas, pero profundamente aterrorizada con sólo experimentar el contacto de la arena humedecida. Los padres preocupados por ese comportamiento extravagante, veían cómo la salud de la niña empeoraba día tras día, y atribuyeron la causa al maligno influjo del mar, de modo que la instaban a que desistiera de esa actitud insana y contro-

vertida entre la comunidad. Una mañana, la princesa desapareció de la isla. Se la había tragado el mar...

Víctor me observó con atención intentando descifrar el efecto de sus palabras; mi cara debió hacerle desistir de esperar una respuesta inteligente. Le dejé acabar su parábola.

-La niña resultó ser una sirena –añadió a modo de aclaración-, y su mundo... el fondo del mar...

Le miré con cierta sorna. Hacía años que mi padre renunció a perder el tiempo con historias como éstas.

-Víctor, ¿tienes algún problema con las drogas?

-Anna... -interpuso dando un giro trascendente-, a veces, es necesario enfrentar nuestros miedos más profundos para descubrir quiénes somos verdaderamente...

Al soltar aquella frase, el psicólogo ya no fue el mismo, habían desaparecido de su rostro aquellos rasgos pueriles y benevolentes, adoptando un rictus metálico con la mirada febril. Sus ojos, habitualmente esquivos y desconfiados, adquirieron un brillo y una intensidad hipnótica, atrapándome. Me sentí inexplicablemente atraída por ese poderoso e inescrutable magnetismo que emanaba de sus pupilas. Yo me hallaba semiincorporada sobre la arena cuando él deslizó su mano suavemente detrás de mi nuca y acercó lentamente su cara hacia la mía, como si las palabras ya no fueran suficientes. Sentí un ligero desmayo y comprendí que estaba a punto de caer inerte en el pozo insondable de aquellos ojos negros. Aún no estaba preparada; una muralla invisible se interponía entre ambos, protectora, inoportuna. Por unos instantes me vi sumida en medio de una lucha titánica entre dos fuerzas sobrehumanas por el control de mi voluntad; por un lado, el poder de la mente de Víctor, y por el otro, el de mi subconsciente, enfrentado a mi propia consciencia que quería unirse a él a toda costa, y ése debió ser el factor precipitante, el motivo de que finalmente me plegase a sus

designios. Víctor percibió el grito derrotado de mi “Ello” y me besó muy suavemente. Luego comenzó a mordisquear mis labios con delicadeza, pidiendo paso, llamando a las puertas del deseo, y yo, postrada ante su aliento, abrí el candado ofreciéndole mi lengua palpitante y abandonándome a su hechizo, arrastrada por unas irrefrenables fuerzas telúricas que desencadenaron la erupción del volcán de mi sexo prendiendo el fuego de la carne. Y salté al vacío sin ningún pudor, ofreciéndole mi alma y mi cuerpo ahora fuera de control.

Fue un fugaz destello; como un aviso lastimero de socorro, se proyectó en mi cabeza la imagen de una pobre chica llorando desconsolada, tendida sobre un lecho empapado en sangre que emanaba de su cara, de sus manos, de todo su cuerpo, y al fondo, recortándose en la oscuridad, un símbolo demoníaco en medio de un círculo de fuego. Fue sólo un fugaz destello. Sin embargo, después de aquello, Víctor, de manera incomprensible, se apartó de mí con dureza, como si él mismo hubiese participado de aquella revelación. Anhelante y temblorosa, me sentí desconcertada ante el insoportable y blasfemo rechazo de Víctor. ¿Me estaba maltratando? ¿A qué venía aquella negativa? Me sentí morir de deseo insatisfecho.

Víctor se incorporó impasible, dejándome allí tendida, sola y confundida sobre la arena, mientras, él encaminó sus pasos hacia una improvisada barraca en la que se servían licores de todas clases, ocupada por otras personas conversando animadamente. Cuando estuvo suficientemente cerca, una joven completamente desnuda se separó del reducido grupo, yendo a parar a su encuentro. Le tomó de la mano atrayéndole hacia sí; la mano, que hacía tan sólo unos instantes acariciaba afectuosamente mi nuca, se posaba ahora sobre el sexo despojado y sugerente de la ninfa, mientras ella acompañaba con la suya el rítmico y lascivo movimiento de fricción, al tiempo que me dirigía una mirada provocativa desde el hombro del psicólogo.

Experimenté una punzada de vehemencia genital, de deseo, y retiré la mirada de inmediato, avergonzada, ante la ardiente respuesta fisiológica de mi cuerpo, absolutamente opuesta a la de mi raciocinio, ultrajado ante aquella humillación. En aquel momento intolerable y cruel, objeto de

todas las miradas, centro de todas las murmuraciones y las burlas, me sentí impotente frente al deseo de desaparecer. ¿Qué podía hacer? Incluso para abandonar aquel islote requería de la ayuda de Víctor.

Él no volvió a prestarme la más mínima atención en lo que restó de velada, al igual que el resto del aforo, acentuando aún más mi sentimiento de vejación. Permanecí postrada sobre la arena, abrazada a mis rodillas, llorando desconsoladamente. Sola y arrinconada. Una escena incongruente entre aquella gente exquisita y superior, que de repente había desplazado su foco de interés hacia algún otro suceso extravagante y divertido. Había pasado de ser el centro del universo a ser una paria, una leprosa, o quizás aún más denigrante, un bufón. Con toda probabilidad, el efecto antiséptico del brebaje que me suministrara el barquero había perdido su embrujo, si es que alguna vez lo tuvo.

Cuando por fin me llegó el turno de abandonar la isla, estaba sola. Sin nadie a mi alrededor. Fue como el despertar de una horrible pesadilla, de no ser por los restos humeantes de las patéticas hogueras esparcidas por la arena dando fe de la tragedia. Yo era la última pasajera de aquel singular marinero, una versión desaliñada del capitán Acab. Víctor hacía más de media hora que marchó, según me dijo, acompañado de la joven y voluptuosa Eva.

Mi estado de desolación no mejoró al alcanzar la costa de Mallorca. Víctor había desaparecido. Ni rastro del vehículo. Me sentí de nuevo avergonzada, desconcertada y confundida. ¿Qué demonios había ocurrido esa noche? No entendía nada. Eran ya casi las siete de la mañana y todo había transcurrido como en un sueño irreal, efímero y amargo.

Volví a casa desolada. Sentía unas terribles ansias de llorar a causa de la frustración, pero la presencia de un considerado taxista mantuvo a raya mis impulsos. Cuando llegué, Ricard había abandonado el piso. Una fría nota enganchada en el imán de la nevera me informó de aquella ines-

perada decisión. Rompí a llorar, esta vez de manera desenfrenada, furiosa conmigo misma y rota por el dolor. En aquel momento hubiera dado mi vida por gozar de un solo minuto de su compañía.

Aquel día fui incapaz de asistir a la terapia, lo pasé atiborrándome de pastillas, sumida en un sopor narcótico y preguntándome qué oscuro propósito habría llevado a Víctor a someterme a una experiencia tan cruel e inhumana. No tenía respuestas; en cualquier caso, mi cabeza era incapaz de hilvanar más allá de dos o tres ideas. El día transcurrió como una prolongación de la pesadilla vivida durante las horas de la noche anterior. En algún momento de la tarde debí quedarme profundamente dormida.